

Nos damos cuenta de Él cuando no está.

Pablo atravesó las regiones altas y llegó a Efeso, donde encontró a algunos discípulos.

Les preguntó:

- ¿Recibieron el Espíritu Santo cuando abrazaron la fe?

Ellos contestaron:

- ¡Pero si nosotros no hemos oído decir siquiera que existe el Espíritu Santo!
(Hech. 19,1-2)

Cercanos a la fiesta de Pentecostés, es oportuno mirar al Espíritu santo, ese desconocido, ese olvidado, ese "pariente pobre" en la familia de la Trinidad, que cobra toda su importancia decisiva de protagonista precisamente cuando es olvidado.

Es decir, paradójicamente, nos damos cuenta de él cuando no está.

Advertimos su presencia insustituible en el mundo, en la Iglesia, en el grupo, en nuestra existencia personal, durante su ausencia.

Hay ausencias más "perceptibles" que cualquier presencia. Advertimos, en definitiva, lo que sucede cuando se desestima al Espíritu. Los males que se producen cuando se lo relega a la sombra. Las consecuencias del olvido del Espíritu. En el grupo y en la vida.

1. Se crean oposiciones arbitrarias, irreductibles, entre aspectos que, por el contrario, habría que armonizar, entre antinomias que deberían componerse. Planificación y espontaneidad; organización común y libre iniciativa; grupo y persona; compromiso grupal y proyecto personal; actividades personales y actividades grupales.
2. Proliferación de leyes, reglamentos y normas. Cuando se debilita la tensión del "soplo" original, se tiende a sustituirlo por códigos. Al disminuir la fuerza del Espíritu, pasa al primer plano el orden, lo que hay que hacer, a la hora que hay que estar, cuando en realidad lo que desapareció –quizás lentamente, casi sin darse cuenta-, es el motivo por el cual participar.
3. Las formas de ser de cada uno, de aportar para lo común, que muchas veces son diferentes, son tomadas como amenazas, y no como "carismas", regalos de Dios para el grupo. A su vez, se pone el título de "carisma personal" a lo que no es más que capricho propio, enojo, disgusto que no se ha manifestado o planteado, para buscar caminos de solución.

San Pablo habla también de "dones" del Espíritu, que en realidad es el efecto que se nota en quien tiene al propio Espíritu en su interior, quien le ha hecho lugar al Espíritu de Dios en su vida: "El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, un gran corazón, buen trato, bondad, confianza, mansedumbre, dominio para no herir" (Gál. 5,22-23).

Claro que antes también había detallado cómo es el obrar de quienes no tiene al Espíritu en sí: "idolatría y superstición, enemistades y peleas, rivalidades y violencias, ambiciones y discordias, sectarismos, disensiones..." (Gál. 5,20)

No queda más que convencerse de la urgencia de abrir de par en par las puertas del corazón y de la vida personal y grupal al desconocido que "se hace sentir" sobre todo cuando no está.

Entonces entra él. Después de la interminable antesala.

No nos reprocha el largo olvido.

No nos echa en cara el triste estado de cosas.

Está demasiado ocupado.

Se ha puesto inmediatamente al trabajo.

Está haciendo "algo nuevo".

Te invito a que, en este momentito a solas frente a Jesús, pienses qué aspecto de tu vida necesita con más urgencia que esté animado por el Espíritu de Dios... y puedas abrirle tu corazón.